

Apuntar a la derecha y girar a la izquierda, ¿o es al revés?

The Economist en su edición del 19/2/2000 dedicaba un artículo a la supuesta crisis en el Partido Laborista (1). Y, resumiendo mucho, concluía que no está nada claro que Mr. Blair esté perdiendo el control sobre la organización partidaria, a pesar de los distintos conatos de rebelión que se han producido en Gales, Londres y sectores de la vieja guardia. Uno de los principales argumentos, utilizados por Blair en respuesta a los movimientos reactivos a determinadas políticas y vacíos del new labour, es el del gran anatema del centro-izquierda en las democracias del mundo desarrollado: no hay que perder el favor de las clases medias. Son ellas, al fin y al cabo, las que deciden el cotarro de las elecciones, y para muestra la prolongada hibernación de los laboristas en la trinchera opositora durante el reinado conservador. Total, que es el votante mediano el que dice el último amén. La simplicidad de los modelos económicos, en este caso, el llamado Teorema del Votante Mediano, a veces tiene más miga de lo que cabría esperar en un principio (2).

De todas formas, evaluar al New Labour es, sin duda, tarea difícil. El tiempo transcurrido es todavía poco, nos distraen, entre otras cosas, los típicos movimientos de pieza dentro de la organización partidaria, con sus fricciones y afinidades tribales, con sus claroscuros morales. Necesitamos más distancia y, sobre todo, más tiempo para que este intento de nuevo punto de partida, esta incipiente nueva visión de la cosa pública (3), cuaje en algo más consistente y pueda demostrar que va más allá de la seducción telegénica y de las buenas intenciones de cuadrricular el círculo de la eficiencia económica y la equidad social. En este sentido, tampoco hay que olvidar que la innovación en las políticas públicas, como en cualquier otro terreno, requiere, eminentemente, de un proceso experimental de prueba y error. Y que el ámbito público, con sus arduas rigideces institucionales, constituye un entorno adverso para la cristalización de nuevas formas de hacer las cosas.

Ya en España, la propuesta gancho del Partido Popular en estas elecciones de rebaja de impuestos cabe, precisamente, contemplarla dentro de este contexto. La eficacia electoral de la misma es difícil de cuestionar: el "timing" ha sido bueno, esto es, después de que los demás hubieran aireado lo más relevante de sus programas; el atractivo, indudable, nuestra presión fiscal tiene ya cotas suficientes para que el "mediano" aspire a un alivio contributivo; y no es fácil de contrarrestar, dada la parcialidad informativa que caracteriza a buena parte del electorado. No se trata, desde luego, de que sea una propuesta inatacable desde un punto de vista analítico, todo lo contrario: está mal cuantificada, como reconocen sus propios autores; es parcial, es decir, no señala la contrapartida en recorte de gastos o incremento de otros ingresos que, necesariamente, ha de acompañarla; es desaconsejable tanto para la estabilidad presupuestaria a lo largo de los vaivenes del ciclo económico, como para el imprescindible mantenimiento de las inversiones públicas en infraestructuras; es inoportuna con relación a la necesidad creciente de financiación del gasto sanitario, o a efectos de la dudosa viabilidad del actual sistema público de pensiones; y, por último, no soluciona el difícil problema del agravio fiscal que sufren las rentas del trabajo, auténticas sostenedoras del sistema público de recaudación.

A pesar de estos pesares, parece que el centro-izquierda tiene, en principio, difícil ganar la mayoría necesaria. Ocupar el ejecutivo otorga siempre un cierta ventaja de partida, la bonanza de crecimiento económico juega también a su favor y el

arropamiento por una buena parte de los medios de comunicación privados, además de la palpable instrumentación de los públicos, no es un factor, ni mucho menos, a despreciar. Para remache, detrás del alineamiento de determinados medios despuntan ciertos poderes económicos tradicionales que están saliendo reforzados de los recientes procesos de privatización, de las fusiones y absorciones subsiguientes, y de la aguada política de liberalización aplicada. Son éstos los que tienen un especialísimo interés en la continuidad popular en el poder, y no son casuales, bien al contrario resultan sintomáticas, las destempladas recriminaciones, que hemos oído estos días, del Sr. Cuevas, máximo dirigente de la principal patronal española, dirigidas al candidato socialista, y secundadas por el Sr. Oriol, Presidente de Iberdrola, uno de los conglomerados del duopolio que controla la producción de energía en España, y su revelador desliz al menospreciar el papel de un Tribunal de Defensa de la Competencia independiente.

Todos estos factores no allanan el camino a una reacción por parte del PSOE frente a los acosos mediáticos, la agitación de miedos atávicos y el lustroso atractivo de equívocas promesas electorales. Se responde intentando desenmascarar al presunto bandido, sugiriendo algunas propuestas sensatas y diluyendo las demás en la indefinición de un supuesto espíritu de izquierdas. Insuficiente. Y es que muchas de las propuestas sensatas adolecen del mínimo y necesario apalancamiento social: las propuestas programáticas deberían de haberse trabajado con la suficiente anticipación y constancia a fin de posibilitar crear las bases de su oportuna credibilidad y resonancia social. No basta la respetabilidad, que se intenta dar por descontada, de los líderes, ni el impacto de los eslóganes mitineros. Propugnar la independencia del Tribunal de Defensa de la Competencia está muy bien, resulta muy pertinente, pero habría que enmarcarla en un horizonte más amplio que le otorgue un sentido global: no hay que mentar sólo al TDC, sino a la urgente necesidad de independencia efectiva de las agencias reguladoras, de los organismos de control de las cuentas públicas y de los medios de comunicación públicos, todos ellos imprescindibles instrumentos valedores de la calidad de la democracia española.

La estrechez de esta penetración social y lo angosto del horizonte visionario, tienen su puntilla en el vacío de una reflexión crítica de calado sobre la experiencia de gobierno del Partido Socialista. Escudarse en el paso del tiempo, o en la asignación de responsabilidades individuales a determinados ángeles caídos, no puede ser más insatisfactorio y estéril. La honestidad moral en los desempeños públicos ha sido siempre un bien escaso, darla por garantizada es, entonces, simplemente, una estupidez. Un error peligroso que puede abortar el camino al diseño y establecimiento de mecanismos institucionales que induzcan a la transparencia y a la fiabilidad en los comportamientos políticos (4).

Las rémoras de la izquierda son basculantes, por un lado, las tentaciones del oportunismo demagógico, con sus derivaciones hacia un realismo mal entendido, y, de otro, sus propios prejuicios y fijaciones ideológicas. Son ambas las que frustran la capacidad imaginativa de reacción, frente a un mundo con un dinamismo de vértigo que las sobrepasa de forma continua.

A mi parecer, buena parte de estas rémoras tienen que ver con la escasa comprensión y asimilación de la naturaleza profunda de la democracia. En el sentido de que el ahondamiento de la vitalidad democrática de nuestras sociedades va indisolublemente unido a la mejora de sus niveles de justicia, al ensanchamiento de sus ámbitos de bienestar (5). Entendiendo aquí el bienestar como el sistema de capacidades que

condiciona la libertad de los individuos para conducir sus vidas, esto es, el conjunto de circunstancias que señala los márgenes de lo que podemos hacer con nosotros mismos (6). Hay, pues, que repensar la democracia y, simultáneamente, repensar la justicia social a la que va asociada, desde la perspectiva de la acción política. Ello requiere la inversión de muchas inercias mentales características del pensamiento de la izquierda, como es el caso de la dilución de cierto paternalismo osificador a la hora de entender la acción pública, a la vez que imprimir una nueva dirección a la necesaria indignación moral respecto a los factores sociales que constriñen el curso vital de los individuos.

Es posible que los límites del New Labour puedan situarse en la carencia de una auténtica revolución cultural que lo sustente desde un amplio movimiento social. Todo en él es demasiado incipiente, demasiado meramente intencional o propositivo. La ganancia sostenida de nuevas mayorías sociales ha de asentarse, en un mundo de cambios desconcertantes y consecuencias inciertas, en la generación social de nuevos valores con propiedades de aglutinación y de provisión de expectativas estimulantes y de esperanza.

La fragua de los nuevos valores es la propia vitalidad de los individuos y de las organizaciones que componen la sociedad, la cual termina cuajando en valores de referencia social a través del diálogo y del debate democráticos. Para hacerlo posible, la regla de decisión mayoritaria debería tener el máximo eco, la mayor profundidad, en los mecanismos de decisión colectiva, y el juego institucional de poderes y contrapoderes, de “checks and balances”, habría de integrar el núcleo de la razón democrática.

La regla mayoritaria posee notables ventajas, que aumenta conforme permea el tejido social acercándose a la democracia de tipo consensual (7). Estas ventajas pueden apreciarse desde la vertiente histórica, su papel decisivo al limitar la arbitrariedad del poder político, propiciar la iniciativa económica y estimular la creatividad intelectual, factores que, en lo fundamental, y junto a determinados condicionantes medioambientales, explican las diferencias de riqueza entre las naciones (8). Pero también se pueden constatar sus beneficios desde una perspectiva más analítica y formalizada (9). En primer término, la regla de la mayoría es la más deseable porque es la que mejor se acerca a la unanimidad potencial de las preferencias del cuerpo social, aquella que subyace cuando hay ganancias colectivas que obtener superiores a la suma de las que cada individuo obtendría por su cuenta. Es el dilema del prisionero que fundamenta la acción colectiva: la existencia de bienes públicos que son promotores del bienestar y que los mercados privados son incapaces de proveer en cantidad suficiente. En segundo lugar, el juicio mayoritario, según estableció Condorcet, es la mejor aproximación a la verdad por lo que respecta a un futuro de resultados inciertos (10). Y, por último, a pesar de los costes aparejados de aplicar la regla de la mayoría a las situaciones donde las preferencias e intereses divergen entre los individuos, con sus posibles secuelas en términos de eficiencia y equidad, este mecanismo decisorio no parece tener adversario alternativo digno de consideración. Todo ello, en la medida que descansa sobre el poder decisorio de las mayorías, nos viene a remarcar la relevancia central que tienen la distribución de la información en las sociedades democráticas, y la correspondiente producción de sus valores sociales, los cuales terminan por regular el marco institucional en que aquéllas se desenvuelven. Estamos, pues, en que quizás habría que plantearse una acción política en dos registros de onda. Una acción política de onda corta, sometida a los avatares de las

transacciones características de los procesos políticos, y a los imperativos de la supervivencia en la escena política por medio de la maximización electoral. Y otra de onda larga, que refresque periódicamente a la anterior, le otorgue inspiración y dirección en las turbulencias, voluntad de cambio frente a las inercias, capacidad de resolver aparentes dicotomías antagónicas mediante saltos a otros planos de significación. Mi estimado Stanley Robinson en su aclamada serie sobre Marte (11), ilustra esto último de una forma ejemplar, y en su último libro “Antártida” (12) vuelve a retomar el tema con su habitual ingenio. El dilema conservación/depredación medioambiental aparece tanto en la hipotética colonización de Marte como en la exploración del continente helado, las posturas son irreconciliables y no parece posible la negociación. ¿Cómo resolver el dilema?, pues, por la fuerza de los hechos y de la acción constructiva. “Toda es sagrada”, clama el místico del feng shui en “Antártida”, no hay tierra sagrada y tierra profana, se trata de crear una nueva forma de vida, una nueva cultura, que no signifique expolio, ni renuncia a vivir en el medio. ¡Terraformemos!, dirían los líderes de Marte Libre, pero no en el sentido de la imitación, sino de algo por completo distinto.

Las Palmas de Gran Canaria a 5 de Marzo de 2000.

Jacinto Brito González.

Notas.

- (1) Labour’s left turn?. The Economist (19/2/2000).
- (2) Miller, Gary J (1997). The Impact of Economics on Contemporary Political Science. Journal of Economic Literature Vol XXXV (September 1997).
- (3) Ver trabajos del Grupo Demos, think tank del nuevo laborismo: <http://www.demos.co.uk>
- (4) Salinas Sánchez, Javier (1991). Economía Política del Federalismo Fiscal Español (Madrid: Instituto de Estudios Fiscales).
- (5) Shapiro, Ian (1994). Tres Vías para ser Demócrata. Claves de la Razón Práctica números 59 (Enero-Febrero/1996) y 60 (Marzo-Abril/1996).
Shapiro, Ian (1999). Democratic Justice. (Yale University Press).
- (6) Sen, Amartya (1992). Nuevo examen de la desigualdad. (Madrid, 1995: Alianza Editorial).
- (7) Lijphart, Arend (1999). Patterns of Democracy. Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries. (Yale University Press).
- (8) Landes, David (1998). The Wealth and Poverty of Nations (W.W. Norton & Company).
- (9) Olson, Mancur (1998). Power and Prosperity: Outgrowing Communist and Capitalist Dictatorships (Basic Books).
- (10) Przeworski, A., Stokes, S.C., Manin, B. (ed.) (1999). Democracy, Accountability and Representation (Cambridge University Press).
- (11) Stanley Robinson, Kim (1993, 1994 y 1996). Marte Rojo. Marte Verde. Marte Azul (Barcelona 1996, 1997 y 1998: Ediciones Minotauro).
- (12) Stanley Robinson, Kim (1998). Antártida (Barcelona 1999: Ediciones Minotauro).